

**GLOBALIZACIÓN, INNOVACIÓN Y  
CRECIMIENTO:**

***Geopolítica e integración***

Dos Santos Theotonio *Desarrollo y civilización*, S/P  
Capítulo 4, versión preliminar  
Lectura 2

# Índice

LA DESTRUCCIÓN CREADORA: INNOVACIÓN Y CICLOS ECONÓMICOS .....	3
INNOVACIÓN, CAMBIOS TECNOLÓGICOS Y LA FUERZA DE TRABAJO .....	7
INOVACIÓN, CAMBIO TECNOLÓGICO Y PLENO EMPLEO .....	12
CRECIMIENTO ECONÓMICO, COMERCIO EXTERIOR Y LIBRE COMERCIO .....	16
ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA.....	21
EL MERCOSUR SE EXPANDE. ....	23
BOXES.....	26

## LA DESTRUCCIÓN CREADORA: INNOVACIÓN Y CICLOS ECONÓMICOS

Después de la Segunda Guerra Mundial, la economía mundial fue marcada por una constante y a veces explosiva tendencia inflacionaria. Los gobiernos tendían a adelantar recursos para la inversión esperando recuperarlos como resultado de los efectos productivos de las inversiones. La generación de mayor demanda a través del gasto público también generaba más empleo de mano de obra y de los demás recursos instalados. Según se creía, se recuperaría, vía aumento de la producción y pleno empleo, los adelantos en gastos estatales. Pero no se podría evitar una presión inflacionaria, sobre todo en los Estados Unidos, donde los gastos militares se cristalizaron en niveles muy elevados.

Las inversiones en educación, salud, habitación elevaron la calidad de la mano de obra y tuvieron también efectos positivos a mediano y largo plazo. Por todos los lados, se buscaba la plena ocupación de los factores económicos y la teoría económica se concentraba en estos temas. La curva de Phillips articulaba pleno empleo e inflación: ella pretendía mostrar los límites del pleno empleo que, al ser alcanzado, generaba la inflación. Pero, al mismo tiempo, permitía concebir una economía en crecimiento sin inflación, siempre próxima del pleno empleo.

En este universo teórico, en que se formó la mayor parte de los grandes economistas actuales, no había casi ningún espacio para el ciclo económico (excepto los ciclos de corto y mediano plazo que habían disminuido con todo de intensidad, en consecuencia de la ola de inversiones del posguerra) y no quedaba ciertamente ningún espacio para la cuestión de la deflación. Este tema es completamente ajeno a la formación de los economistas del post guerra y de los actuales. Su preocupación ha sido siempre con los peligros del aumento de precios y de los gastos públicos.

Sin embargo, desde 1982, y particularmente desde 1989, hay evidentes señales de deflación en la economía mundial. La inflación se caracterizaba por la tendencia a generar un exceso de recursos monetarios en la economía y, en consecuencia, una tendencia al aumento de los precios. La deflación se caracteriza por la falta de recursos monetarios suficientes para adquirir los nuevos bienes producidos y por la tendencia derivada de esta situación a la caída de los precios. Por esta razón, los economistas oficiales tienden a asociar la deflación con la desinversión y la baja de la producción.

Con todo, la cuestión no es tan simple. Hay que buscar los orígenes de la tendencia deflacionaria mundial a través de un análisis más profundo de los ciclos económicos, sobretudo los ciclos largos de Kondratiev. Según Kondratiev, la economía mundial funciona en ondas largas de cerca de 60 años caracterizadas por un período A de ascenso de las variables económicas de cerca de 30 años y un período B de descenso también de cerca de 30 años.

En sus estudios empíricos de las tres ondas largas que pudo identificar, Kondratiev, que escribió en mediados de los años 1920, encontró un movimiento de los precios que tiende a seguir estas olas largas. En los períodos de ascenso hay elevación de precios, en los períodos de descenso hay caída de precios o disminución en el ritmo de crecimiento de los precios.

Con todo, en la década de 1970, cuando la economía mundial entró en crisis general, de acuerdo con el modelo de Kondratiev, fue constatado un extraño fenómeno: la estagflación. Es decir: una estagnación de la economía acompañada de inflación. Esto provocó una gran crisis en la teoría económica oficial, es decir, en la síntesis neo keynesiana que asociaba descenso productivo con caída de precios y vice-versa.

La ciencia económica oficial se dirigió hacia una crítica muy dura a los Keynesianos, acusando los de analizar los fenómenos económicos desde el lado de la demanda, mientras ellos, los nuevos clásicos, se ponían del lado de la oferta.

Pero, de otro lado, una fuerte corriente de pensamiento, que buscó sus raíces en Schumpeter, Kondratiev y Marx, logró explicar estos fenómenos a través de varios conceptos que apuntaban hacia la consolidación, en los periodos de ascenso de las olas largas, de estructuras socio-políticas e instituciones que lograban establecer patrones tecnológicos determinados y nuevas combinaciones socio económicas. En los años de crecimiento se lograba mantener las formas de producción y distribución alcanzadas en estos períodos, aún cuando la economía entraba en crisis. De esta forma, se creaba una tendencia al aumento de precios y salarios aún en los momentos de crisis: los monopolios y los sindicatos aparecían como los responsables por la mantención de la inflación aún cuando había tendencia a la caída de la producción.

Los años ochenta y la primera mitad de la década del 90 se caracterizaron por la ofensiva permanente y brutal de los representantes del capital para hacer caer sobre los hombros de los trabajadores y de las poblaciones desocupadas y sub ocupadas el costo de la crisis. La

confrontación tenía y tiene también un ángulo interestatal y se proyecta sobre las confrontaciones entre el Norte y el Sur del planeta.

En 1973, los países productores de petróleo que recién se habían apropiado de sus fuentes de petróleo y se organizado en un cartel (la OPEP) habían elevado el precio del petróleo en una proporción razonable en relación a la pérdida del valor del dólar, que había abandonado su convertibilidad oficial en oro. Con esto, estos países indicaban su disposición de no pagar el costo de la deflación. Otros productores de productos primarios, como el cobre, el zinc, etc., buscaban el mismo camino.

Estaba deflagrada pues una lucha planetaria para determinar quién pagaría los costos de la crisis general del capitalismo. Después de unas confrontaciones aparentemente favorables a los países en desarrollo, en el final de la década del 70 se indica una nueva tendencia: cae el precio del petróleo y aumenta la tasa de interés de Estados Unidos e Inglaterra. Mme. Thatcher golpeó fondo los mineros del carbón y Reagan desarticuló los sindicatos de las empresas aéreas. Se abría el camino para una era de confrontación, bajo el concepto de competición. Que cada clase, cada grupo social, cada región económica, cada formación social, cada empresa o grupo de empresas se defendiese como pudiera. Ganarían los más fuertes al final.

A este universo económico, típico de la fase final de los períodos de descenso de los ciclos largos, Schumpeter llamó la “destrucción creadora”. La destrucción de sectores económicos enteros y su sustitución por nuevos productos o procesos de producción más avanzados. Esto fue lo que asistimos en las década del 80 y el principio del 90. Los cambios en los sistemas de producción no son, sin embargo, casuales. Ellos obedecen una cierta lógica, ciertos padrones que hoy se estudia bajo el concepto de paradigmas tecnológicos. El final de un período de descenso de largo plazo se caracteriza exactamente por la emergencia del nuevo paradigma tecnológico.

Los períodos de crecimiento se caracterizan por la difusión y generalización del nuevo paradigma. En esta fase, se rompen muchos monopolios, surgen nuevas potencias económicas, se cambian las relaciones de producción, las empresas se funden en gigantescos grupos económicos.

En tales circunstancias, la exacerbación de la competitividad hace muy difícil mantener los precios de venta de los nuevos productos muy por arriba de sus precios de producción. Y estos,

como vimos, están en plena caída como resultado de la incorporación del nuevo paradigma tecnológico.

Y no crea el lector que son solamente las ramas tecnológicas de punta que ven los precios de sus productos bajar dramáticamente, como los computadores, los electrodomésticos, etc. Esto ocurre también en ramas tradicionales como los textiles, las confecciones, los calzados, las agroindustrias, y muchas más.

Al mismo tiempo, ocurren fenómenos muy interesantes en el lado financiero de la economía. El largo período de crisis se inició, de hecho, en 1967 con la consolidación del déficit fiscal norteamericano, a partir del pleno involucramiento de este país con la guerra del Vietnam. A partir de este momento, los títulos de la deuda pública empezaron a ser una excelente opción para el capital sobrante debido a la caída de la tasa de ganancia en Estados Unidos y Europa. Con tasas de ganancia más bajas e tasas de interés más altas es fácil percibir porque hay el abandono de las inversiones productivas, las cuales son sustituidas por una creciente especulación financiera. En 1973, con el abandono de la convertibilidad del dólar en oro, que había sido garantizada en Bretton Woods, surge la llamada “serpiente monetaria”, un campo de especulación nuevo, sobre todo para las firmas que operaban en varios países.

El reciclaje de los petrodólares fue otro campo de especulación financiera. En el final de 1970 y comienzo de 1980, la elevación de la tasa de interés de la deuda pública norteamericana y la elevación del déficit público a cerca de 300 mil millones de dólares anuales, durante el gobierno Reagan, crearon una demanda de capital especulativo colosal. El déficit comercial de Estados Unidos y los correspondientes superávits de Japón y Alemania crearon los excedentes financieros para atender a esta demanda.

La crisis de 1987 y el peligro de mantener una política de déficit fiscal indefinido cambiaron las reglas del juego en la década del 90. La economía americana en crisis fue obligada a devaluar el dólar y buscó disminuir su déficit comercial de cualquier forma.

De 1990 a nuestros días, las reglas del comercio mundial cambian drásticamente. El dólar se devalúa y, con él, los enormes activos monetarios de los bancos centrales y otras instituciones. La tasa de interés cae del 18% al 4,5 y llega al 5,62%. Entramos así en un período de “quemada” de activos internacionales bajo la forma de varias crisis sucesivas. La de 1987, que hizo desaparecer de la economía mundial un billón de dólares en menos de una semana; las quiebras

de bancos en Estados Unidos, Inglaterra y otros países en 1989-93; la crisis mexicana de 1994, que obligó a la formación de un fondo de 80.000 millones de dólares, monitoreados por el gobierno de los Estados Unidos de América y garantizado por los recursos de la venta del petróleo mexicano a los Estados Unidos. La crisis asiática de 1997-98 que provocó la desvalorización de varias monedas del Sudeste asiático y que llegó hasta el Japón.

En todas estas oportunidades la economía mundial estuvo bajo el signo de la devaluación, de la deflación. Tratase del otro lado de la destrucción creadora de que nos hablaba Schumpeter. La devaluación de activos inmuebles y muebles, financieros y monetarios lleva a la caída de la tasa de interés y a la creación de las condiciones para nuevas inversiones basadas en ahorro de capital. El capital se baratea y la inversión vuelve a crecer.

El lector debe sentirse horrorizado por las descripciones hechas aquí. La hegemonía del pensamiento neoliberal en los ochenta y noventa transformaron estos cambios en fenómenos ciegos e incontrolables. Por eso, en los últimos años se produce un abandono cada vez más rápido de los principios neoliberales para retomarse la idea de una gestión humana y social de los cambios revolucionarios que estamos viviendo.

## INNOVACIÓN, CAMBIOS TECNOLÓGICOS Y LA FUERZA DE TRABAJO

Un fantasma recorre el mundo desde fines del siglo pasado: la amenaza del desempleo, aumenta aún en períodos de crecimiento económico.

Es necesario recordar que estamos en plena reestructuración productiva de la economía mundial. En la década de los setenta la siderurgia norteamericana y europea se redujo a menos de un tercio de su producción. La industria del carbón prácticamente cerró. Importantes ramas industriales se deslocalizaron a diferentes regiones del mundo. Como resultado de esas deslocalizaciones ocurren mudanzas fundamentales en la composición de la mano de obra mundial.

En Estados Unidos disminuyó la participación de la mano de obra obrera industrial en el conjunto de la fuerza de trabajo en las décadas de 70, 80 y 90. En el Japón, pasó lo mismo a partir de la segunda mitad de la década de los 80'. En Alemania, el desempleo industrial avanzó

en la década de los noventa. En los tigres asiáticos y las nuevas economías industriales (NEI) en general, la mano de obra obrera creció significativamente en la década de setenta y parte de la de ochenta. En seguida, se estabilizó y llegó a disminuir en algunos de estos países a partir de la segunda mitad de los ochenta.

Vemos por tanto que, en vez de un aumento del desempleo en general, encontramos, primero, una fuerte deslocalización del empleo: del agrícola para el industrial, iniciada a principios del siglo XX; del industrial para los servicios, a partir de los años 50, la cual se aceleró a partir de la década de los 80 con la introducción de la robotización.

En resumen: el aumento de la productividad agrícola e industrial generó una producción suficientemente grande para sustentar un sector creciente de servicios. El desenvolvimiento de un enorme aparato de investigación y desarrollo, elevó la capacidad de innovación del sistema económico y en consecuencia aumentó aun más la productividad. Al eliminar sectores económicos obsoletos, la crisis, que se prolongó del 67 al 94, abrió camino para que –en la década de ochenta y noventa– las inversiones se orientasen hacia las ramas más productivas y más dinámicas.

Estas innovaciones conducen a nuevas estructuras industriales y absorben gran parte del avance tecnológico acumulado en las décadas anteriores. Tal es el caso de la robotización que, a pesar de estar anunciada desde los años sesenta, solamente se concretó hasta los años ochenta con la utilización masiva de robots por Japón, seguida posteriormente por los Estados Unidos y Europa. En la década de los noventa, Estados Unidos y Europa finalmente alcanzan los nuevos patrones tecnológicos japoneses que tienden a generalizarse en las economías emergentes, particularmente en China.

Sin embargo ¿Por qué el aumento del desempleo estructural no fue compensado por los empleos del sector servicio y se exagera la exclusión social durante este periodo? Porque las nuevas inversiones provocaron grandes reducciones de la mano de obra industrial, en una fase en que se habían reducido también las inversiones en los nuevos servicios ligados a las innovaciones tecnológicas. En muchos países, estas inversiones no se realizaron debido a deficiencias socioeconómicas y culturales o debido a la falta de control del excedente económico por los agentes sociales que favorecerían el avance del conocimiento científico y tecnológico.



Segundo, porque los recursos necesarios para las nuevas inversiones en la economía del conocimiento y de la información, ligadas a la Revolución Científico Técnica (investigación y desarrollo, educación, medio ambiente, cultura, tiempo libre, información, etc.), estaban comprometidos en otras actividades. Entre ellas señalamos los gastos para la hegemonía geopolítica en los Estados Unidos, particularmente los gastos militares, la especulación financiera, el aumento de la deuda pública y el pago de los intereses de la deuda, etc. Los servicios financieros sobretodo crecen desproporcionadamente en la década del 80 y entran en una crisis al final de esta misma década y al principio de los años 90.

Esto genera desempleo en los servicios bancarios y en otras áreas de servicios con altos salarios.

En tercer lugar, el desempleo aumenta por que la estructura ocupacional de las relaciones sociales de producción no acompaña los cambios del sistema productivo y al aumento de la productividad no se distribuye igualmente entre los distintos agentes sociales. Es evidente que un crecimiento tan masivo de la productividad tendría que ser acompañado por aumentos de salarios y por la disminución de la jornada de trabajo.

Ninguno de estos dos fenómenos ocurrió. ¿Porque? Porque los años de crisis entre 70 y 80 debilitaron el moviendo sindical y los movimientos sociales en general. Es preciso considerar el efecto diferenciado del desempleo en los países donde el poder de negociación de los sindicatos, así como el de las demás fuerzas sociopolíticas, es mayor o menor. Como vimos en varios estudios, la coyuntura recesiva mundial está en cambio hacia la superación del la tendencia recesiva hacia el crecimiento económico. En estas circunstancias, la estructura institucional tendrá que adaptarse a la nueva coyuntura. El principal cambio positivo que deberá ocurrir en los países centrales es la disminución de la jornada de trabajo, la cual ya se encuentra en curso. Esta permitirá transferir las ganancias de productividad actuales a las masas de trabajadores asalariados aumentando drásticamente el número de empleos.

Varias empresas ya iniciaron la disminución de la jornada de trabajo hasta 32 horas semanales. En Francia sindicatos de trabajadores firmaron en octubre de 1995 un “acuerdo interprofesional del empleo” que inicia negociaciones para reducir la jornada por ramas de producción a fin de aumentar la creación de empleos “de 300 para 900 mil en dos años”. Este acuerdo se basó en la ley votada por los socialistas y la izquierda en general a favor de las 35 horas de trabajo semanales.

En Japón y en Asia ha habido claros esfuerzos en el mismo sentido, a pesar de que parten de jornadas de trabajo más largas. La disminución de la jornada de trabajo a nivel mundial, sobre todo en las nuevas economías industriales, ciertamente vendrá - como ocurrió en los años 1920 y 30. En esa época, bajo la presión de los acuerdos de Viena, la OIT, comandada por los países que la habían adoptado, exigió y logró disminuir la jornada de trabajo a 48 horas en todo el mundo.

La actual campaña de la derecha internacional contra el “dumping social” es solamente el comienzo de un movimiento contra estos cambios comandados por el aumento de las innovaciones revolucionarias que inició el nuevo ciclo largo desde 1994. Las sociedades subdesarrolladas tendrán que incorporar forzosamente nociones de derechos humanos, protección al trabajo, jornadas más cortas, mejores salarios, etc. Como estas exigencias se compatibilizarán con fenómeno típicos de estos países, como el aumento acentuado del desempleo, del subempleo y de la exclusión social es un tema pendiente de discusión. Sobre todo porque estas economías no invierten suficientemente en educación, ciencia, tecnología, cultura, tiempo libre e información, los cuales son los sectores generadores de empleo en el nuevo paradigma tecnológico.

En la mayoría de las nuevas economías industriales (NEI) solo se puede disminuir el impacto del desempleo estructural reforzando las ocupaciones “sociales” para la enorme masa de trabajadores sin empleo y sin perspectivas. Esto exige un aumento de los gastos estatales en sectores sociales, lo que en general no encuentra una buena receptividad en las clases dominantes locales.

La reforma agraria es, por ejemplo, un camino para la ampliación ocupacional que enfrenta una fuerte oposición en las clases dominantes y también en sectores de las clases medias, disminuyendo la capacidad ocupacional de estas sociedades. Es importante constatar también el impacto negativo del pensamiento único neoliberal sobre estas formas de generación de empleo. Ellas insisten en el libre mercado como el gran creador de empleo, lo que va en contra de los datos o de la evidencia disponible y de los análisis de la realidad particularmente en los países dependientes y subdesarrollados.

Las actividades agroindustriales para la producción de energías renovables, basadas en la biomasa (como el programa PROALCOHOL del Brasil) puede ser un camino significativo de generación de empleo si se combina con una nueva economía social en las pequeñas y medianas

ciudades. Por otro lado el sector informal con sus micro, pequeñas y medianas empresa puede generar importantes sumas de ocupación, sobre todo si se apoya en los principios de una economía solidaria.

Sin embargo no se debe alimentar la ilusión de que esas soluciones son definitivas y que pueden ser el centro de una estrategia de generación de empleo. El empleo altamente calificado es la solución más completa y definitiva. El empleo está asociado con el desarrollo social de los países. Así, la información, el conocimiento, el tiempo libre y la educación son los mayores generadores de empleo en el mundo contemporáneo. La salud, los cuidados personales a los niños, a los enfermos, a los incapacitados, a los socialmente carentes, y las políticas sociales en general son otras tantas fuentes contemporáneas del empleo.

Existen otras “soluciones” aparentes que tienen consecuencias perversas. La principal de ellas es la propuesta de la disminución de los “costos” sociales del trabajo. Desde los países socialmente avanzados, como Alemania, hasta los países más atrasados como Brasil se suceden las tentativas de reducir las conquistas sociales de los trabajadores. El razonamiento es simple: la reducción de los costos sociales del trabajo aumenta la ganancia y estimula la inversión y por tanto genera empleo.

Como vimos, este razonamiento es equivocado en la actual coyuntura. Las inversiones se orientan para los sectores de alta innovación tecnológica, donde el empleo industrial disminuye, pero aumentan los empleos de investigación y desarrollo, la educación, el entrenamiento, la información, la gestión, el diseño, el tiempo libre, la cultura etc. En estos sectores, la tendencia es hacia salarios más altos y hacia el empleo de trabajadores educados. Estos disponen de mayor capacidad para luchar por derechos sociales y alcanzar jornadas de trabajo más cortas y flexibles.

El mundo de la vieja tecnología tendía a apoyarse en los bajos salarios, las largas jornadas, etc., así como a generar menos empleo. Estas actividades tienden a transferirse a los países socialmente más atrasados, a los cuales se busca exportar también las tecnologías más contaminantes. Los países que adopten esta filosofía están entonces condenados a reforzar el atraso y a generar poco empleo, aumentando la masa de desempleados, marginados y trabajadores informales.

## INOVACIÓN, CAMBIO TECNOLÓGICO Y PLENO EMPLEO

Terminada la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos victoriosos en la guerra tenían una nueva batalla que ganar. Se veían obligados a derrotar la recesión y el desempleo. Mientras el nazi-fascismo había generado el pleno empleo de la capacidad productiva a través de la degradación del trabajo (cuya forma máxima fueron los campos de concentración y el trabajo esclavo generalizado en las empresas, fenómeno ocultado por la literatura de post guerra y hoy hecho público a través del reconocimiento de las principales empresas alemanas de su deuda con los remanentes de una economía esclava que incorporó cerca de 20 millones de personas ), los Aliados victoriosos dependían de un fuerte movimiento democrático que exigía el pleno empleo basado en el reconocimiento de los derechos sociales de los trabajadores.

Un marco significativo de este espíritu democrático del pos-guerra está en el Acto del Empleo votado por el Congreso Norte-americano en 1946. Él estableció el Comité Económico Conjunto de las dos Casas del Congreso que debe realizar informes y recomendaciones al Congreso sobre la maximización del empleo, de la producción y del poder de compra. El clima democrático de la Post Guerra impuso el pleno empleo como principio orientador de la política económica norte-americana y de los países bajo su influencia.

Es desnecesario decir que el otro lado del espectro ideológico de los Aliados, representado por la Unión Soviética, defendía con el mismo vigor el principio del pleno empleo. Gran parte del debate ideológico del período se orientaba en el sentido de demostrar la capacidad mayor del capitalismo o del socialismo para alcanzar el pleno empleo.

¿Cómo fue posible que una motivación tan válida y tan vital para la humanidad hay desaparecido del primer plano de la reflexión económica? ¡A tal punto que el tema del pleno empleo parezca una utopía inalcanzable en la literatura económica de nuestros días! Y sin embargo los pueblos continúan aspirando al pleno empleo. Esto se refleja en el debate político y electoral, donde no puede faltar el tema del empleo que siempre aparece en las encuestas de opinión entre las primeras aspiraciones de la población.

¿Es el pleno empleo un objetivo inalcanzable en nuestros días, como lo afirman autores de derecha, del centro e inclusive de la izquierda? La afirmación se basa en los altos índices de desempleo alcanzados en los últimos veinte años sobre todo en los países desarrollados. Sin

hablar de la expansión del subempleo incorporado en la noción de empleo informal que comprende hoy día cerca del 50% o más de la mano de obra de los países económicamente dependientes.

Es necesario cualificar esta afirmación inicial. Si es verdad que Estados Unidos y Europa alcanzaran altos índices de desempleo en las décadas del 80 y del 90, es necesario considerar dos hechos significativos.

En primer lugar, economías como la japonesa y la de los tigres asiáticos conservaron altos índices de empleo mismo en el período de alto desempleo en Europa y Estados Unidos. Japón estuvo próximo al pleno empleo durante toda la década del ochenta, llegando al 1,5% o 2% de desempleados en este período hasta 1993, cuando la crisis japonesa elevó las tasas del desempleo de este país a los 4%.

En segundo lugar, los Estados Unidos de Norteamérica presentaron una fuerte tendencia al pleno empleo en la década del 90, como consecuencia del crecimiento sostenido logrado entre 1994 y 2000. Las tasas de desempleo de dos dígitos alcanzadas en los ochenta bajaron al 4.3% en el 2000. En Europa, la recuperación fue más moderada y más lenta, iniciándose en la segunda mitad de la década del noventa. Sin embargo recién empiezan a sentirse los resultados de la retomada del crecimiento sobre el empleo en varios países de este continente.

En los países en desarrollo, deberse constatar la ausencia de crecimiento económico ocurrida en las décadas del ochenta y del noventa por los países que se endeudaron en los setenta y se entregaron al pago de los altos y especulativos intereses, por los menos entre 1983 y 1987-9. Esta extracción brutal de excedentes fue suficiente para inviabilizar el desarrollo de estas economías por un largo período que pasó a denominarse como las “décadas perdidas”.

Encontramos así una correlación inmediata entre el crecimiento económico y la tendencia al pleno empleo. Muchos autores pretenden negar la existencia de esta correlación en nuestros días debido a las características nuevas que habrían generado los cambios tecnológicos en los últimos años.

Sin embargo, no podemos aceptar ciertas conclusiones apuradas que se establecen a partir de una observación superficial de las tendencias actuales del cambio tecnológico generado por la Revolución Científico-Técnica. Hemos tratado este tema en varios libros y artículos y nos gustaría resumir aquí nuestros argumentos.

El avance tecnológico logrado por la llamada tercera revolución industrial (para nosotros esta es un aspecto específico de un proceso más amplio que es la revolución científico- técnica) se refleja en una mayor productividad del trabajo y consecuentemente en una menor cantidad de trabajo necesario para producir bienes y servicios necesarios a la población (o hasta desnecesarios desde el punto de vista de críticos culturales y éticos).

La disminución del tiempo de trabajo necesario para producir bienes y servicios solo afectará al empleo si los trabajadores continuaren sujetos a jornadas de trabajo iguales o insuficientemente disminuidas en relación al aumento de productividad logrado por el avance tecnológico.

La noción de jornada de trabajo es ajena a la mayoría aplastante de las ecuaciones desarrolladas por el pensamiento económico ortodoxo, lo que demuestra su total irrelevancia. Pues la jornada del trabajo es un elemento fundamental en la definición del empleo. Desde la victoria de los cartistas en 1850, al lograren que el parlamento inglés estableciera las 10 horas de trabajo, los trabajadores han logrado disminuir progresivamente el tiempo de trabajo en que se someten al dominio del capital, es decir, la jornada diaria de trabajo, lo que incluye los períodos de vacaciones, licencias y descanso.

Toda vez que el capital logra hegemonizar la situación política, sobre todo en los períodos de largas fases recesivas (que amenazan a los trabajadores con despidos masivos), sus representantes más reaccionarios retoman los ataques a las conquistas de los trabajadores en relación al tiempo del trabajo. Esta lucha solo puede ser entendida con una teoría del valor que desapareció de la “ciencia” económica desde la hegemonía de los neo-clásicos pero cuyos efectos no fueron olvidados un solo día en las luchas sociales concretas.

Sería muy largo discutir con los lectores la total incapacidad de la ciencia económica actual para estudiar seriamente este tipo de problemas. Sin embargo, el neo liberalismo se vuelve sobre todo en contra de los derechos de los trabajadores que según ellos son fruto del corporativismo y de conductas anti-mercado (imperfecciones del mercado ideal que ellos concibieron en sus cabezas). De repente, la teoría del valor se entromete en sus raciocinios bajo la forma de los costos de producción, que incluyen el precio del trabajo (el salario) y su disponibilidad para el dueño del capital (la jornada de trabajo).

En su racionamiento fundamentalista de clase, el capital es la fuente de la inversión y consecuentemente el costo del trabajo es una limitante de la inversión. Cuanto más bajo y más disponible sea el trabajo, mejor será para la inversión y consecuentemente para el crecimiento económico y para la felicidad humana. Pues en su noción de humanidad no entra para nada su lucha por la superación de los duros aspectos del trabajo cotidiano.

De ahí se parte fácilmente para las políticas llamadas de “flexibilización del trabajo” que tienen por objetivo disminuir los salarios y aumentar la intensidad y el tiempo o jornada del trabajo bajo el dominio del capitalista.

Es evidente que para los trabajadores la cuestión se pone exactamente al reverso. Los avances de la tecnología permiten producir más en menos tiempo. Luego, necesitamos de menos horas de trabajo por día, es decir menores jornadas de trabajo lo que significaría por lo menos la no disminución del número de trabajadores necesarios para crear los mismos productos y bienes anteriormente producidos.

La lucha por la disminución de la jornada de trabajo es hoy un punto central de la lucha de los trabajadores europeos y la Francia asumió la vanguardia de esta conquista, con efectos evidentes en la retomada del crecimiento económico y en la disminución del desempleo en este país. Muchos sectores patronales reconocen los efectos positivos de esta política y aceptan con pocas restricciones estos avances civilizacionales. Pues, aun cuando bajen sus tasas de ganancia permiten una calidad de vida superior para toda la sociedad.

El aumento del tiempo libre de los trabajadores no solamente garantiza un mayor número de personas empleadas. Él da a los trabajadores oportunidad de mayor nivel de estudios, de más lazer y de una vida espiritual más rica. Él aumenta así la calidad de vida de la población, disminuye la violencia social, y asegura una mayor preparación de la mano de obra. Este último se convierte en uno de los elementos llave de la competitividad en nuestros días. La revolución científico técnica exige trabajadores cada vez más bien educados y solo las sociedad capaces de crearlos (o importarlos) podrán colocarse en la punta del sistema económico mundial.

El lector debe notar porque sociedades dominadas por oligarquías arcaicas esclavistas y señoriales como las latinoamericanas están condenadas a un rol inferior en el sistema productivo mundial. Ellas fundamentan su competitividad en la mano de obra barata y el bajo desarrollo de sus trabajadores. Su competitividad es necesariamente baja y restringida a sectores económicos

marginales. Ella no ve con horror sino con satisfacción la existencia de estas enormes masas de subempleados, de marginales o de economía informal. Ellos son las condiciones sociales del trabajo barato, sometido por horas y horas, flexible y sumisamente, a su dominio embrutecedor.

Por esta razón una campaña por el pleno empleo en la región latinoamericana es al mismo tiempo extremadamente difícil y tremendamente necesaria. Tratase no solamente de defender la importancia de generar empleo, sino de establecer la creación de empleo como el objetivo central, absolutamente prioritario, de la política económica de la región.

Tales principios se chocan de frente con las orientaciones del Fondo Monetario Internacional a pesar de las candidas afirmaciones de sus directores según las cuales (bajo la acusación del FMI haber impedido las inversiones en energía) “este organismo no define prioridades de inversión”.

Nada es más falso: el FMI y la doctrina económica neoliberal que lo inspira no hacen otra cosa que establecer prioridades a nuestra política económica. Como él mismo afirma en la misma entrevista a un semanario de Brasil, claro que el equilibrio fiscal se coloca antes de cualquier prioridad de inversión.

Prioridad de las prioridades, esta primacía del equilibrio fiscal es con todo manejada con pragmatismo, permitiendo a sus protegidos generar déficits fiscales gigantescos para pagar altísimas tasas de interés. Pues el pago de intereses también es una prioridad de las prioridades que no puede ser puesta en discusión.

Reverter este cuadro y mostrar a la mayoría de la opinión pública que es posible, lo fue y lo será practicar políticas de pleno empleo y conducir nuestras economías y sociedades para otras prioridades nos permitirá alcanzar niveles civilizacionales superiores y superar nuestra dependencia y nuestras miserias. Y, crean o no nuestros verdaderos dinosaurios, con esto alcanzaremos mayor competitividad internacional.

## CRECIMIENTO ECONÓMICO, COMERCIO EXTERIOR Y LIBRE COMERCIO



Existe en nuestros días una fuerte corriente de pensamiento, quizás hegemónica, que vincula íntimamente crecimiento, comercio exterior y libre cambio. Sin embargo no hay ninguna base histórica para realizar estas correlaciones. Ellas son consecuencia de un razonamiento puramente abstracto que tiene sus raíces en las teorías de Ricardo en el principio del siglo XVIII. De hecho, Ricardo demostró que sería ideal una situación en la cual cada economía local o nacional se especializase en aquello(s) producto(s) en los cuales disponga de mayor ventaja comparativa, desde el punto de vista de la productividad de los factores locales. Esta teoría fue perfeccionada posteriormente por Ohlin que incluyó entre los factores locales la relación entre capital y trabajo expresa en las funciones de producción. Quedó más o menos aceptado que los países que disponen de más mano de obra que de capital tienen que especializarse en productos agrícolas y materias primas mientras que aquellos con más capital que trabajo (como resultado del desarrollo tecnológico) deben dedicarse a productos de mayor intensidad tecnológica. Esta división de trabajo mundial era y es aún presentada como extremadamente favorable a todas las partes en interacción. Es evidente que para estos razonamientos generales, el libre comercio será el mundo ideal para el pleno desarrollo de estas condiciones ideales de comercio mundial.

Ocurre sin embargo que el mundo real es muy diferente de estos razonamientos abstractos que ignoran los acontecimientos y las relaciones claves de la economía mundial. El mundo concreto no se parece a un modelo de economías nacionales especializadas alcanzando un crecimiento económico similar. Por el contrario, desde la expansión económica europea a partir de los siglos XV y XVI se han especializado las economías locales en función de la demanda europea: metales preciosos, especias y productos tropicales, agricultura tropical o semitropical y esclavos. Estas economías exportadoras estuvieron en general en manos de grandes propietarios europeos creados por las coronas española y portuguesa a las cuales el papado entregó todas las tierras del mundo. Este comercio que sirvió de fundamento a la economía moderna no ha sido nunca libre. Él ha sido organizado por los Estados nacientes en Europa, a través de compañías monopolistas fundadas por sus protegidos.

Muchos creen que en el siglo XVIII y XIX, bajo la expansión británica sobre todo se creó un mercado libre en el mundo. No podemos concordar con la idea que un comercio mundial realizado por empresas inglesas protegidas por la Marina británica pueda ser considerado libre. Ahí estaban empresas monopolistas apoyadas por la Reina de Inglaterra administrando vastos territorios del mundo. La mayor parte de la población de la tierra se encontraba sometida a la dominación directa o indirecta de Gran Bretaña y no gozaban de ninguna libertad para realizar su

comercio. No fue sin razón que en las potencias emergentes como los Estados Unidos, la Alemania, la Francia o el Japón se adoptaron políticas proteccionistas radicales.

El caso más impresionante de proteccionismo ha sido exactamente el de los Estados Unidos de Norte América. En este país, los exportadores de algodón del sur se rebelaron en contra de los aranceles impuestos por el norte para proteger sus industrias nacionales. La rebeldía del sur fue derrumbada con una guerra civil que dejó dos millones de muertos. Para ganar la lucha en contra del sur el norte no dudó en terminar con la esclavitud para derrumbar definitivamente la economía esclavista exportadora y sus ejércitos de esclavos cuya liberación desintegraba. Al contrario de lo que se piensa los Estados Unidos ha sido siempre un país proteccionista y ha fundado su poder contemporáneo en la imposición de los aranceles del norte sobre el sur por la fuerza. ¿Qué sería de los Estados Unidos si hubiera ganado la guerra civil el sur librecambista, esclavista y políticamente autoritario?

Podemos adivinarlo si lo comparamos con América Latina donde se eliminaron todas las rebeliones de artesanos y manufactureros y se impusieron la conservación de la servidumbre y de la esclavitud junto con la especialización exportadora basada en la doctrina del libre cambio. En esta región ganó el sur librecambista, esclavista y políticamente autoritario.

Pero si el libre cambio no ha sido la fuente del crecimiento de las grandes potencias capitalistas (excepto la Inglaterra que inició la revolución industrial y tuvo en el libre cambio un instrumento de imponerse sobre el resto del mundo que sometía como colonias sin ningún derecho al libre comercio), el comercio que se impone en el mundo al final del siglo XIX y comienzo del siglo XX no puede para no ser considerado un libre comercio. En realidad estábamos en un mundo de grandes potencias imperialistas que dividía el mundo entre sí sin permitir a sus colonias ninguna libertad de comercio. Al mismo tiempo sus empresas monopolistas controlaban el comercio mundial en las zonas no coloniales. Como sabemos fue la lucha de estas naciones por el dominio del mundo que llevaron a dos guerras mundiales y la crisis de 1920, cuando la perspectiva libre cambista y liberal sufrió ataques definitivos que se impusieron mundialmente después de la Segunda Guerra Mundial

El mundo contemporáneo de la posguerra también no se caracterizó por un libre comercio. Al contrario, no fue posible crear una organización mundial del comercio como lo proponía Keynes. Los dominadores del comercio mundial, los norteamericanos que tenían después de la

guerra cerca de 50% del comercio mundial, han preferido crear el GATT, para imponer muy raramente (con pleno acuerdo de las partes) condiciones de rebaja de aranceles.

Se puede decir sin embargo que estas condiciones de libre comercio están finalmente siendo creadas en nuestros días con la puesta en marcha de la Organización Mundial del Comercio. Los hechos indican que los que más exigen libre comercio en esta organización son exactamente los países del Tercer Mundo, únicos a adoptar amplias rebajas unilaterales de aranceles, derrumbando el proteccionismo que habían tardíamente impuesto a sus economías en los años de 1940 y 1950 para garantizar un primero surto industrial que lograron entre los años 30 y 50.

Sabemos en nuestros días que más de 50% del comercio mundial se realiza en el interior de las firmas multinacionales que no son de ninguna manera base para un libre comercio. Sabemos también que se crearon impresionantes mecanismos de subsidio estatal en todos los países desarrollados. Y si llaguen tiene alguna duda sobre esto vea como se recupera la economía estadounidense a partir de los estratosféricos gastos militares del gobierno Bush. Sin hablar en los subsidios al sector agrícola de bajo poder de competitividad que difícilmente serán rebajados sustancialmente en EE.UU., Europa o Japón.

Por este conjunto de razones no podemos ver como una estrategia fundamental la propuesta mexicana de firmar contratos de libre comercio con varios países del mundo. La prueba de esto es que México no logra desarrollar su comercio con el resto del mundo quedando limitado al comercio con los Estados Unidos. Y para quedar claro que esto no es resultado del NAFTA está el hecho de que no se expandieron significativamente las relaciones comerciales con Canadá, también firmante del Tratado.

No hay duda que una situación de libre comercio podría servir positivamente a una economía que sepa aprovecharse del mismo para aumentar su competitividad. Pero la llave del comercio se encuentra en la productividad y no en la mayor o menor libertad arancelaria. Veas el caso de China que ha expandido más que cualquier país su comercio en los últimos 20 años. Los chinos no han firmado tratados de libre comercio ni se puede decir que tienen una estructura comercial realmente “libre” en el sentido capitalista. China continúa a ser un país bastante cerrado al comercio internacional. Tanto es así que continúa a ser una compradora limitada. Su éxito comercial se apoya en una moneda de valorización relativamente baja; en una mano de obra barata y de alta calidad educacional y cultural: en una legislación especial de los distritos

industriales, estos sí muy libres; en sus subsidios a los sectores de alta tecnología que invierten en el país, buscando garantizar su transferencia para dentro del mismo; en el control de los excedentes de moneda firme generado por los superávits comerciales gigantescos que produce con el resto del mundo, sobretodo los Estado Unidos.

Como vimos, por lo tanto, no hay una correlación necesaria entre amplio comercio externo y libre comercio, ni una relación entre ambos y el crecimiento económico. Al contrario, excepto la Inglaterra por las razones ya señaladas, las grandes potencias que emergieron en el final del siglo XIX han adoptado el proteccionismo como política para asegurar sus empresas emergentes en contra sobretodo de los ingleses. Asimismo, en todos estos países el comercio exterior representa una parte pequeña de sus economías. Los Estados Unidos han sido el caso típico de proteccionismo y de pequeña participación del comercio exterior en su producto nacional bruto. Solamente en los últimos 30 años esta nación dominante ha reducido drásticamente sus exportaciones para el resto del mundo y aumentado dramáticamente sus importaciones. En el momento actual se puede decir que el crecimiento económico estadounidense está apoyado en grande parte en sus apoyos externos. Su déficit Comercial es gigantesco y la deuda norteamericana ha alcanzado niveles incontrolables. Asimismo, las inversiones internacionales se han convertido en la única fuente de ahorro dentro de los Estados Unidos que vive hoy de la atracción de inversiones desde el resto del mundo hacia su economía cada vez más inestable.

Todos sabemos que los enormes aparatos burocráticos son una fuente de corrupción y de autoritarismo político. Las aduanas han representado un poder muy significativo. Los poderes de la inmigración también son impresionantes. Pero no debemos dejar de acompañar con cuidado el poder creciente de los aparatos financieros internacionales, particularmente el FMI para los países en desarrollo. Esta entidad y varias otras responsables por las políticas de inversión internacional se han convertido en poderes burocráticos y tecnocráticos colosales. La humanidad necesita desarrollar mecanismos para permitir una evolución más favorable de las relaciones internacionales que fortalezcan los responsables directos por la producción y la prestación de los servicios. Para esto estas instituciones tienen que pasar también por una evolución democrática. Es necesario que el público en general pueda influenciar más claramente las políticas de estas corporaciones, instituciones e aparatos burocráticos. Pero ni siempre se encuentra un ambiente favorable a estas demandas de mayor libertad y democracia de las organizaciones básicas de producción. Los empresarios por ejemplo no aceptan con facilidad las exigencias de transparencia en la contabilidad de las empresas y mecanismos más democráticos para la

representación de las minorías en los sistemas accionarios. Muchos rechazan las doctrinas que insisten en el contenido social de las empresas y en sus responsabilidades políticas frente al conjunto de la población, sin hablar en el contenido ético de sus propias actividades productivas o de sus servicios.

Pero podemos afirmar que no habrá grandes avances democráticos en el conjunto de la sociedad si no se asegura la democracia en el centro mismo de la vida económica que son las unidades económicas claves como las empresas anónimas, cooperativas, empresas personales o familiares, economía campesina, etc. La democracia no resulta de una ampliación de las libertades públicas que son extremadamente necesarias para el desarrollo de las civilizaciones. La democracia se funda en la ampliación de los poderes de los ciudadanos para influir en las decisiones fundamentales de la nación. Entre ellas se encuentra en primer lugar la orientación de las inversiones y de las decisiones sobre nuevas inversiones y sobre el uso de los bienes materiales y espirituales acumulados por la humanidad en milenios de desarrollo civilizacional.

Los acuerdos de integración regional son el mejor camino para desarrollar la cooperación entre economías ni siempre simétricas. Pero no confundamos la integración económica, social, cultural y política, como la que realiza hoy día Europa, con los tratados de libre comercio anárquicos e inestables como el que realiza el TLCAN o pretendía hacerlo la ALCA. Además, tales tratados son marcados por concesiones unilaterales, faltando siempre las concesiones de los dueños de los grandes mercados. Quedan también fuera de estos acuerdos el libre movimiento de mano de obra que podría disminuir ciertos nudos de graves problemas sociales en los países en desarrollo.

## ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA

La institucionalización de un pensamiento económico absolutamente autista pretende orientar la toma de posición de naciones enteras, cuya realidad pasa por otros factores como las relaciones sociales y políticas y las relaciones históricas de carácter local, nacional o regional. No se puede definir políticas concretas sin considerar las realidades geopolíticas en que se insertan los fenómenos económicos.

El debate actual sobre los procesos de integración no pueden ser discutidos dentro de un plano exclusivamente económico. En este plano, si consideramos el pensamiento neoliberal puro, tendríamos que aceptar que la única integración correcta es la del libre comercio generalizado. Siguen ellos, las integraciones regionales son intervenciones “artificiales” que imponen límites proteccionistas a las zonas no integradas.

Sin embargo, se introducen consideraciones geopolíticas que indican las preferencias reales de los técnicos y “teóricos” para justificar el apoyo a esta o aquella alternativa. Los defensores del ALCA, por ejemplo justifican su necesidad por la importancia del mercado norteamericano que, según ellos, se abriría a través de este tratado de libre mercado que de hecho no corresponde a la propuesta presentada. Los estadounidenses proponen una rebaja de barreras calificada, limitada a los sectores comerciales que les interesan, y una apertura total al libre movimiento de capitales que seguramente no alcanzan a cambiar los rígidos controles del movimiento de capital dentro de los EE.UU.

¿Por que preferir los Estados Unidos como principal contraparte de los demás países latinoamericanos? Como lo decimos, no se puede deducir esta preferencia de las “leyes” económicas manejadas por los neoliberales. Desde su punto de vista lo único correcto es el libre cambio internacional. La alegación sin embargo es que los EE.UU. son “el mayor mercado del mundo” y por lo tanto sería realista darle las preferencias totales. Tratase de un argumento geopolítico.

Por detrás de él está la aceptación de que las relaciones internacionales no son relaciones entre economías equivalentes, los cuales son asumidas como tales en todas las ecuaciones de esta escuela económica, Y por lo tanto tenemos que razonar geopolíticamente cuando hablamos de la economía mundial . En consecuencia hay que tirar a la basura todas estas ecuaciones que se asientan en primicias equivocadas.

Es a partir de ahí que tenemos que razonar sobre las propuestas de mercados regionales. Es decir, sobre consideraciones históricas, culturales y geopolíticas que demuestren las ventajas de que se asigne preferencia a este país u otro, a esta región u otra. Si se trata de dimensión de mercado, por ejemplo, ¿por qué debemos privilegiar el norteamericano cuando la Comunidad Europea tiene hoy un mercado similar? México puede responder con un factor geográfico evidente: su frontera con los Estados Unidos. Pero Brasil y Argentina no cuentan con este factor.

Por el contrario, tienen un contacto mucho más fuerte con Europa a través del Atlántico. Firmar un tratado preferencial con los EE.UU. no tiene por lo tanto ninguna justificativa.

Y una integración sur americana y latinoamericana, ¿tiene sentido geopolítico? En realidad cada país de la región tuvo su economía organizada en función del mercado Europeo y después norte americano. Su sistema viario se orientaba esencialmente hacia los puertos para entregar sus mercancías a las flotas mercantes internacionales. Durante los años de “crecimiento hacia adentro” se ha creado alguna estructura viaria volcada hacia los mercados nacionales. Esto fue interrumpido por las políticas de ajuste estructural y del consenso de Washington, en los años ochenta y noventa.

La idea de un acuerdo regional sur y latinoamericano pasa por una voluntad política de crear estas infraestructuras que son significativas oportunidades de inversión en la región. En seguida, delinean la necesidad de políticas de desarrollo en todos o casi todos los países que privilegien el aumento de sus rentas nacionales con el objetivo de generar nuevos mercados para el conjunto de la región. Tratase sobretodo de crear economías de escala adecuadas al padrón tecnológico actual. Es evidente que estas tendencias indican una necesidad de proteger este mercado potencial del bloqueo de las economías más poderosas. El libre mercado subregional aparece así como una medida defensiva amén de una apertura de nuevas posibilidades.

Si agregamos a todas estas conveniencias geoeconómicas las tradiciones históricas y culturales comunes, la formación de una unidad ideológica y política regional en función de la lucha por la independencia (con Bolívar a la cabeza), entendemos porqué hay una carga emocional espontánea tan fuerte a favor de esta integración. No se trata solamente de un mercado latinoamericano. Por este camino podemos empezar a razonar sobre los intereses geopolíticos de América Latina dentro de cuyo cuadro debemos discutir la cuestión de los mercados y las ventajas preferenciales.

#### EL MERCOSUR SE EXPANDE.

La última cumbre del MERCOSUR indica que, a pesar de sus complejas necesidades de las complejas necesidades de ajustes y sobretodo de institucionalización, esta iniciativa de

integración regional se extiende por toda América Latina. De un lado tenemos la consolidación de las relaciones entre sus miembros plenos: Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Las recientes confrontaciones entre Argentina y Brasil sobre las exportaciones de las industrias de línea blanca de Brasil caminan hacia nuevas medidas en la dirección de una mayor coordinación de políticas económicas y un mejor cuadro institucional.

En realidad las disparidades de políticas económicas ha sido el principal factor de choques entre los dos países centrales del bloque comercial en formación. Durante los años 90, el comercio entre ellos estuvo determinado por políticas cambiarias irrealistas basadas en convertibilidades artificiales de sus monedas locales. En consecuencia el comercio pendía hacia Argentina cuando el real se encontraba sobrevaluado y viceversa.

Después de la crisis brasileña de 1999, que llevó a la devaluación del real, se precipitó la crisis argentina que llevó al abandono de la convertibilidad del peso y su devaluación. En el momento actual ambos países manejan una política cambiaria flexible más realista y menos voluntarista. Esto debería permitir un mejor equilibrio comercial. Sin embargo no es así.

Mientras Argentina sigue en la actualidad una política de crecimiento económico que aumenta la demanda y por lo tanto las importaciones, Brasil continúa prisionero de las políticas restrictivas del Fondo Monetario Internacional que aprieta el cinturón de su población y hace caer las importaciones.

El resultado de estas políticas opuestas es el aumento de las exportaciones brasileñas hacia Argentina y la reacción de los industriales argentinos para imponer barreras arancelarias hacia las importaciones industriales de Brasil, particularmente las industrias llamadas de línea blanca.

En realidad estas exportaciones de estoques remanentes son hechas a cualquier precio y no son buenas ni para un lado ni para el otro. Tratase de una agudización de la competitividad basada en factores artificiales. Algo similar a las políticas de falsa convertibilidad que caracterizó el período anterior y condujo a las graves crisis del período.

En el momento actual los argentinos se muestran más realistas y el gobierno brasileño se ve prisionero de una ortodoxia económica absurda que sacrifica el destino de los pueblos de la región. Se debe esperar por lo tanto que el buen sentido triunfe y se camine hacia un ajuste y coordinación de políticas económicas más saludable.



Al mismo tiempo, vemos la consolidación de los primeros miembros asociados del MERCOSUR. Chile, Bolivia y Perú se ven cada vez más obligados a superar sus veleidades bilaterales con EE.UU. y/o panamericanistas, con la ALCA.

Asimismo, Venezuela y México buscan la aproximación con el exitoso bloque sureño. Esto es excepcionalmente positivo. Venezuela y México son productores de petróleo que estuvieron condicionados por los Estados Unidos a atender exclusivamente su mercado. Hoy Venezuela avanza hacia concepciones regionales cada vez más dinámicas a pesar de las reacciones de sus clases medias, que vivieron a costa de los recursos del petróleo sin ninguna consideración hacia las necesidades de las masas populares, excluidas del gozo de estos recursos. Todo indica que la confrontación entre estas da Venezuela no se resolverá fácil y rápidamente.

La última adhesión más promisoriosa y significativa ha sido la de México. Para muchos latinoamericanos México había abandonado definitivamente la región. Su acuerdo comercial con el norte parecía llevarlo definitivamente hacia los mercados de “allá”. De hecho México lograra realizar el sueño que los chilenos y peruanos tanto aspiran. El acuerdo comercial con los Estados Unidos y Canadá abrió hacia México mercados colosales, ayudado por la frontera común. Tanto es así que Canadá poco participa en la expansión comercial mexicana. Pero México tiene que cuidarse de la dependencia casi absoluta del mercado estadounidense. Esto quedó evidente durante la crisis norteamericana de 2001 a 2003 cuando sus exportaciones cayeron y su producto bruto caminó hacia la recesión.

México se declara latinoamericano aún cuando empieza la recuperación económica norteamericana y busca integrarse en el MERCOSUR para asegurar su cara latinoamericana. Nunca es demás observar que México tiene que asegurar su identidad cultural para no convertirse en un estado a más de la federación norteamericana sin derecho a voto, como Puerto Rico.

Por otro lado, a través de las mismas fronteras que se abren al comercio de bienes, se escapan los desesperados de la región, mexicanos o latinoamericanos, hacia el centro de la expansión capitalista. Ahí se prepara un cambio cultural y aún mismo civilizatorio similar a la caída del imperio romano penetrado por los bárbaros. La población blanca norteamericana en decadencia asiste el crecimiento de los “latinos” en sus vecindades, con sus modales anárquicos llenos de alegría y de creatividad. Mejor que México no se aparte de estos emigrantes. El mundo ha crecido a través de ellos y los cambios de poder mundial se han hecho con ellos.

## BOXES

### 1- La cuestión de las “olas largas”

La existencia de largos periodos de crecimiento económico sucedidos por largos periodos de recesión, depresión o bajo crecimiento es parte de la literatura de los pueblos y de la percepción que toda sociedad tiene de su experiencia histórica. La sistematización empírica sobre la existencia de los Ciclos Largos fue presentada por la primera vez en la obra del economista ruso Nikolai Dimitrievich Kondratiev, que publicó en 1926 su ensayo “Los ciclos largos en la coyuntura económica”. En este ensayo él distinguió varios ciclos o olas largas (el término “olas” pretende ser menos determinístico y menos mecánico que el concepto de ciclo que supone por necesidad periodos más o menos iguales de ascenso y declinación).

Los datos de Kondratiev son hasta hoy objeto de amplias discusiones, ya porque hay diferentes propuestas acerca de los datos que deben utilizarse para establecer los límites de un ciclo, ya porque hay discusiones metodológicas sobre el concepto mismo de las olas largas. Los datos parecen confirmar la sucesión de estos periodos de ascenso y descenso con duración de cerca de 25 años cada uno, sobre todo si se utiliza una metodología adecuada, abarcando varios sectores de la economía y no solamente los utilizados por Kondratiev en sus estudios originales. Hay evidencia suficiente para comprobar no solamente la existencia de los ciclos largos detectados por él sino para confirmarlos en épocas posteriores a sus estudios.

En interior de cada uno dicho ciclos largos hay periódicas crisis a cada 8 a 11 años. Durante las fases A de crecimiento largo (25 a 30 años cada una) no se detiene necesariamente el crecimiento todo periodo ni tenemos periodo de crecimiento ininterrumpido. En consecuencia no se mide los ciclos a través de datos absolutos de crecimiento o declinación del producto, sino a través de tasas de crecimiento medio. Podríamos detectar ciclos de ascenso o descenso, aún y cuando, en su conjunto, la economía presente un movimiento ascendente.

Kondratiev determinó 3 olas largas:

Primera ola larga: A — El ascenso se inició en el final de 1780 o inicios de 1790 hasta 1810-17. B — El declino duró de 1810-17 hasta 1844-51.

Segunda ola larga: A — El ascenso duró de 1844-51 hasta 1870-75. B — El descenso duró de 1870-75 hasta 1890-96.

Tercera ola larga: A — El ascenso duró de 1890-96 hasta 1914-20. B — El descenso probablemente comenzó en los años 1914-20.

Si analizamos el período posterior a la muerte de Kondratiev tenemos los siguientes resultados:

Tercera ola larga: B - 1914-20 a 1940-45, nueva fase de descenso.

Cuarta ola larga: A - 1940-45 a 1967-73, nueva fase de ascenso. B - 1967-73 a 1994-98, otro período de decadencia.

¿Quinta ola larga?: A - 1994-98 a 2020-24, ¿otro período de ascenso?

## 2- Olas largas y su explicación

Kondratiev no pudo completar sus estudios. Él fue preso 1930 y exilado en Siberia en 1932, donde murió en 1938. Sus estudios fueron muy cuestionados en la URSS pero continuados sobre todo por el importante economista austriaco que terminó su vida en Harvard en los Estados Unidos, Schumpeter. Ver su libro Business Cycle, publicado en 1940.

Schumpeter encontró ciclos interconectados entre sí de 3-4 años, 9-11 años, de 17-18 años, de 15-25 años (solo en Estados Unidos), los de 40 a 60 años. Posteriormente, sobre todo Fernand Braudel encontró los ciclos de dos siglos a dos siglos y medio que llegarían a conformar por su vez ciclos de hasta 500 años.

Los ciclos cortos y los medios está vinculados a fenómenos bastante concretos como la existencia de “stocks” que se concentran más o menos en periodos de 3 a 4 años; a la existencia de ciclos de inversión, ligados a la incorporación de nuevas maquinarias en su periodo de maduración, de 7 a 11 años; o los ciclos encontrados solo en E.E. U.U. debidos a las inversiones de la construcción, con una duración de 25 años; pero los ciclos de Kondratiev son más difíciles de explicar, porque no parecen apoyarse en ningún fenómeno cíclico muy evidente.

Kondratiev ya apuntaba a una explicación de los ciclos largos vinculada a la introducción de innovaciones tecnológicas, a la expansión del mercado mundial y a los aumentos en la oferta de dinero, elementos. La base para estos ciclos serian exactamente los cambios en el stock del capital social a partir de padrones de desarrollo tecnológico. A partir de las pistas sugeridas por Schumpeter, se desarrollaron estudios importantes sobre padrones tecnológicos e olas de innovación, sobre todo por Christopher Freeman.

A partir del periodo de la formación de la economía europea y hasta nuestros días podemos identificar cada ola larga con: a) el predominio de un determinado régimen de producción (“libre cambio”, oligopolio, monopolio, capitalismo de Estado, globalizante); b) la prevalencia de determinadas relaciones sociales de producción y formas de organización social (manufactura, gran industria, fordismo, y el llamado toyotismo en el periodo actual); c) la hegemonía de ciertos centros económicos (España/Portugal, Holanda, Inglaterra, EEUU) que dominan las zonas periféricas y semiperiféricas y que estarían asociados a los ciclos seculares, ligados al movimiento del capital financiero.

### **3- La revolución científico-técnica**

La naturaleza de los cambios que vienen ocurriendo en la fase actual del desarrollo de las civilizaciones y culturas contemporáneas en dirección a una civilización planetaria se debe definir a partir del papel nuevo y radicalmente distinto que el conocimiento científico ocupa en la organización de las actividades productivas. El concepto de revolución científico-técnica (RCT) intenta articular estos cambios en una visión integrada.

Tenemos que considerar como determinante de la evolución de las fuerzas productivas contemporáneas el hecho de que la ciencia (o el conocimiento científicamente organizado y sistemático de la naturaleza) dejó de cumplir un papel auxiliar (aunque creciente) en la producción, tal como venía ocurriendo, desde la revolución copernicana. Podemos afirmar que a partir de la II Guerra Mundial surgen ramas de la producción totalmente dependientes del conocimiento científico. Asimismo las tecnologías y actividades productivas son campos aplicados de conocimiento científico y no más usos parciales de este conocimiento. La energía nuclear, la aviación ultrasónica, la petroquímica, la informática, la electrónica son campos aplicados del conocimiento científico. La nueva ola de alta tecnología, iniciada en la década de 1970 y compuesta de nuevos materiales, de la biotecnología y de la ingeniería genética, de la fusión nuclear, de la superconductividad, de los lasers, de la tecnología espacial, de la nanotecnologías, es todavía más intensa y umbilicalmente ligada a la evolución y a la aplicación inmediata del conocimiento científico.

La consecuencia más inmediata de este cambio radical en el desarrollo de las fuerzas productivas fue el surgimiento y la expansión de las actividades de investigación y desarrollo al interior de las empresas. Después de la II Guerra Mundial, no existe empresa competitiva que no posea su propio centro de investigación y desarrollo.

Este impulso tan importante del conocimiento científico y su asociación a la producción tuvo consecuencias también en el surgimiento de una nueva actividad económica, ligada a la formación y preparación no solamente de esos cuadros científicos en las universidades y centros de investigación, sino también de los profesionales asociados al uso de los resultados de estos conocimientos. La explosión de la educación universitaria en la post-guerra fue una consecuencia de esos cambios y, con ellos, de la enorme expansión de los servicios asociados a la educación, cultura, salud y vivienda que dio origen las nuevas masas de trabajadores urbanos.

La actividad productiva pasó a ser cada vez más un momento determinado de un amplio proceso social de investigación y desarrollo, invención e innovación, planificación macro y micro económica, publicidad y mercados. El proceso de producción, la organización del trabajo y de la fuerza de trabajo, pasó a exigir amplios procesos de gestión de las relaciones sociales, de la educación, del entrenamiento, de la salud, de la vivienda, del ocio, de la comunicación social global y específica. En todos estos sectores, la forma científica del conocimiento pasó a ocupar un papel central y articulador del conjunto de la vida económica, social, política y cultural.

Podemos hablar, en consecuencia, de una nueva etapa histórica del desarrollo de las fuerzas productivas, cuya naturaleza se caracteriza por la revolución científico-técnica (RCT).